

# **BREVE HISTORIA DE LA MITOLOGÍA GRIEGA**

Fernando López Trujillo



**Colección:** Breve Historia  
[www.brevehistoria.com](http://www.brevehistoria.com)

**Título:** Breve Historia de la Mitología Griega  
**Autor:** Fernando López Trujillo

**Copyright de la presente edición:** © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Editor:** Santos Rodríguez

**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vítolas

**Diseño y realización de cubiertas:** Florencia Gutman

**Maquetación:** Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN:** 978-84-9763-592-9

Libro electrónico: primera edición

# Índice

INTRODUCCIÓN .....	9
CAPÍTULO 1: MITOLOGÍA Y SOCIEDAD EN LA GRECIA ANTIGUA.....	19
CAPÍTULO 2: AL PRINCIPIO FUE EL CAOS .....	53
CAPÍTULO 3: EL OLIMPO, RESIDENCIA DE LOS DIOSES .....	85
CAPÍTULO 4: ZEUS Y HERA, LA PAREJA DIVINA .....	123
CAPÍTULO 5: EL MUNDO DE LOS MUERTOS .....	157

CAPÍTULO 6: EN EL REINO DE POSEIDÓN .....	193
CAPÍTULO 7: EL PROTOTIPO HEROICO .....	229
CAPÍTULO 8: AMORES PARA TODOS LOS GUSTOS.....	263
CAPÍTULO 9: ASOMBROSAS HISTORIAS .....	299
CONCLUSIONES .....	335
BIBLIOGRAFÍA .....	347

# Introducción

**L**a sociedad griega clásica de los siglos VII al IV a.C., es a la que asignamos –sin que ella pueda rebatirnos– el mote de “cuna de la civilización occidental”. Pero, ¿será preciso decir que aunque con caracteres que le darán su originalidad, esta cultura tiene orígenes más diversos, y en buena medida orientales?

Es necesario apuntar primero, que los griegos nunca se llamaron a sí mismos griegos. “Graeci” fue el apelativo que les pusieron los expansivos romanos, pero aquéllos se denominaron a sí mismos helenos, y “Hélade” a la dilatada región que les vio dar sus primeros pasos en la carrera de la civilización.

El mar Egeo de los siglos XIII al IX a.C. es de una agitación fascinante; pareciera que un gigante hubiera hundido el pie en un hormiguero. Poblaciones de orígenes diversos se trasladan a una y otra margen de ese gran lago salado poblando la miríada de islas que llenan ese escenario. Hace cuatro mil años comenzó a asentarse en las riberas occidentales del Egeo un pueblo indoeuropeo emigrado del norte. Portaban una lengua original, el griego, y este será su mayor aporte al nuevo mundo que surgiría a orillas del mar Egeo.

La región se encontraba ya desde antaño habitada por pueblos que sin duda poseían culturas antiguas y notorias. Podría decirse que Creta es la verdadera cuna de esta nueva criatura, aunque ella misma es producto de otro nudo histórico anterior. A fines del tercer milenio ya Creta era un reino insular que mediante una armada de guerra logró establecer un régimen tributario (Talasocracia) sobre poblaciones de las islas cercanas, e incluso el Peloponeso y el Ática. Y era una sociedad aún más madura cuando ya en el segundo milenio se produzcan tantas transformaciones. En tiempos en que esos nuevos migrantes ávidos de tierras trastornen definitivamente el mundo del Egeo que narraran Homero y Hesíodo.

Hacia el 1200 a.C., cuando pareciera situarse la acción que Homero reseña, una segunda

oleada de migrantes invadió otra vez la península. Es notable que por casi cuatrocientos años no tengamos noticias, y casi ni registros del paso histórico de esta multitud de pueblos en movimiento. A dicha etapa se la suele denominar historiográficamente como “Edad Oscura”, un eufemismo para clasificar lo inclasificable por ausencia de fuentes.

Pero de pronto, hacia el siglo VIII a.C. asomó una nueva civilización, y esta se nos revela escribiendo en griego. Seguramente tal hallazgo ha de tener una larga cocina durante esos cuatro siglos, y entre los cucharones que se han hundido en esa marmita hay un decisivo aporte oriental. Porque ese mismo “griego” que les dará su identidad y las bases de su genio, necesitó de la habilidad lingüística de los fenicios que convirtió en signos los sonidos de esta lengua. Desde entonces sí, lo “griego” será aquella cultura raíz de la civilización europea que aún hoy impregna nuestra cotidianeidad.

Por aquel entonces, este pueblo era conocido como aqueo, así los denominó Homero. En *La Iliada*, la más antigua obra escrita en lengua griega, un poeta que quizá viviera hacia mediados del siglo IX a.C. nos cuenta de una ciudad protegida por colosales murallas y de formidables guerreros que peleaban en unas costas inhóspitas con sus barcos por retaguardia. Es un

lugar común en la cultura universal, apelar al famoso “caballo de Troya” para referirse a una acción en que nuestro adversario se ha infiltrado en nuestras defensas. Pero ciertamente, bajo los muros de Troya, en el extremo occidental de Asia Menor, se desarrolló hace más de tres mil años el supremo drama de una humanidad que contaba entonces con una breve existencia histórica.

Los versos escritos o compilados por Homero cuatro siglos después, son el acta fundacional de la literatura en lengua griega. Pero ¿qué sabemos de la vida de Homero mismo? Bastante poco: se decía que fue un bardo ciego, que deambulaba de ciudad en ciudad y se ganaba la vida recitando sus poesías. Siete ciudades griegas reclamaban el honor de haberle visto mendigar el pan por sus calles, y otras tantas juraban guardar sus restos.

Se sabe más de Hesíodo. Según Herodoto nació hacia el 860 a.C., aunque algunos investigadores sitúan su nacimiento alrededor del año 750 a.C. y aun más tarde. El mismo Herodoto habría nacido cuatro siglos después y, si bien como padre de la Historia ha fijado algunas fechas más o menos seguras en el devenir humano, es claro que la fecha que brinda para el nacimiento de Hesíodo es más bien producto de un tanteo en la oscuridad más absoluta.

La leyenda cuenta que el padre de Hesíodo emigró de Cume (Asia Menor) a Ascra (Beocia), donde se supone que nació su hijo. Se dice que este se trasladó después a Orcomenos, donde murió; por lo menos su tumba se mostraba en dicho lugar en épocas posteriores. Tucídides, contemporáneo de Herodoto y testigo privilegiado de la guerra del Peloponeso (de la que nos dejará una minuciosa crónica), menciona una tradición según la cual fue muerto en el templo de Zeus Nemeo, en Oeneon de Locris, por los habitantes del lugar.

Pero la versión de que ambos (Hesíodo y Homero) tomaron parte en un concurso de poesía, es un disparatado anacronismo. Sin embargo, es posible ver que ambas obras participan de un espíritu común. Tarde hemos venido a saber que aquello que Homero reseñaba, de una guerra que enfrentara a troyanos y aqueos por el espacio de una década en las arenas de la costa occidental de Asia Menor, no era un producto de su imaginación. A fines del siglo XIX las investigaciones del Dr. H. Schliemann dieron con la perdida ciudad de Troya, y aquella epopeya que por milenios fuera tenida por ficción adquirió de pronto caracteres definitivamente históricos.

Seguramente tiene rasgos tanto más mitológicos la segunda obra atribuida a Homero, *La Odisea*. Pero nadie descartaría que muchas de las

historias allí narradas cuenten con algún basamento cierto y, quién sabe, hasta verificable.

Por lo menos, es posible verificar históricamente numerosos detalles culturales y técnicos a los que refiere el texto. El mismo procedimiento puede aplicarse a *La Teogonía* de Hesíodo, una extensa génesis del entero panteón griego. En cambio, su otra obra conocida, *Los Trabajos y los Días*, es la más genuina muestra del temperamento práctico griego: un minucioso tratado que incluye métodos de labranza y de la debida observancia de las estaciones, un calendario y numerosos preceptos para la administración casera, comercio, elección de esposa, navegación y hasta educación de los niños. Porque si algo caracteriza a la cultura helena es su practicidad. El propio antropomorfismo de su religión es la prueba más cabal de su actitud práctica frente a la vida. Sus dioses cubren desde sus características específicas las más diversas necesidades de la sociedad griega. Su devoción no es extática, sus divinidades poseen todos los vicios y pasiones que inquietan a los pobres mortales. Esto es quizá lo que hace tan atractivo el relato de sus aventuras.

Cada cultura ha brindado a la posteridad alguna epopeya memorable. Esta épica del “periplo del héroe” puede ser verificada en las más diversas culturas. Pero la mitología griega, el cuerpo de leyendas y mitos que fueran recopila-

dos y volcados a texto, contiene centenares –sino miles– de epopeyas individuales de héroes, dioses y criaturas fabulosas. Ellas constituyen el sustento imaginario de una cultura, de un pueblo; le cuentan sobre sus orígenes, sobre un remoto pasado, fundan una tradición.

Paradójicamente, la comprensión de una identidad común tan evidente, no dio por resultado ningún sistema político estable que agrupara a los griegos. El mismo Herodoto afirmaba: “...nosotros de la misma raza y de igual idioma, comunes los altares y los ritos de nuestros dioses, semejantes nuestras costumbres”.

Sin embargo, todas sus uniones fueron circunstanciales. Aquella que reuniera guerreros de toda la Hélade para combatir bajo las murallas de Troya, se desarmó inmediatamente después de desaparecer el motivo del agrupamiento guerrero. Las invasiones persas darán motivo a la constitución de diversas alianzas y confederaciones, ninguna demasiado duradera.

Tal vez la estructura más estable que lograra coordinar muchas de estas “polis” griegas fue la Liga de Delos, una alianza militar constituida con la hegemonía ateniense. Pero esta última circunstancia implicó –naturalmente– la ausencia de las ciudades del Peloponeso aliadas a Esparta, la eterna rival de la luminosa Atenas.

Finalmente, la misma codicia ateniense acabó por destruirla.

Los enfrentamientos casi permanentes que involucraron alternativamente a la inmensa mayoría de esas polis helenas del Mediterráneo oriental (e incluso del Tirreno, porque también las ciudades de Sicilia participaron) en lo que se denominó “guerra del Peloponeso”, las debilitaron a un punto tal que fueron presa fácil de la dominación macedónica cincuenta años después. Por lo demás, Grecia no volvería a tener la oportunidad de unificarse en una sola nación sino hasta el siglo XIX de nuestra era.

Pero claro, hablamos de instituciones políticas unitarias, puesto que las culturales brindaron herramientas muy eficientes, hábiles para mantener a esos pueblos ligados por cientos de años. La primera y más importante de ellas es la institución de las Olimpíadas en el año 762 a.C. De estas competencias participaban, cada cuatro años, atletas de todo el Egeo y las lejanas colonias en Sicilia o Libia. Se decía que los juegos habían sido instituidos por el héroe dorio Heracles, hijo de Zeus y Alcmena.

Porque el principal elemento aglutinador, de allí el sentido del texto que presentamos, es la propia religión de los griegos. Entre las instituciones de este tipo se destacan los santuarios, visitados por peregrinos de todo el orbe.

Sobresaliendo el oráculo de Delfos, donde la Pitia daba a los consultantes su predicción. El prestigio de sus vaticinios era tal, que nadie podía sustraerse a ellos. Era consultada por ciudadanos que venían de las urbes más alejadas a esta pequeña ciudad de la Fócida situada en la vertiente sudoeste del monte Parnaso.

Por supuesto, la profunda originalidad griega excede las cuestiones lingüísticas. Un breve listín debiera incluir la belleza de su escultura y su monumental arquitectura, su poesía, su literatura, sus ensayistas y pensadores, autores del primer pensamiento racional sistemático. También sus progresos técnicos en la agricultura y en la navegación, pero además esta originalidad reside, en buena parte, en la sofisticación de sus instituciones políticas, económicas y sociales que muy pronto distinguieron a este pueblo de todos los que convivían con él en el Mediterráneo oriental. Porque la griega es quizá la primera cultura verdaderamente urbana de la antigüedad, y la polis, como centro de aquella vida ciudadana, la suprema adquisición de su cultura.

Las grandes ciudades de la antigüedad, Menfis o la Tebas egipcia, Nínive, Ur o Lagash, son recintos cerrados poblados de templos y palacios, habitados por príncipes, sus familiares, su corte y su aparato burocrático. El pueblo está excluido de estas ciudades, apenas si aparece

aquí y allá como servidores, no como habitantes de la ciudad. La inmensa mayoría del pueblo estaba constituida por agricultores que vivían en los campos. Por el contrario, ese pueblo de artesanos y granjeros que eran los griegos vivían en sus pequeñas ciudades en las que desarrollaban toda su vida social, y se trasladaban diariamente a sus ocupaciones en las cercanías. Puede encontrarse quizá en esta peculiaridad el carácter llano, plebeyo y democrático que darán a sus construcciones culturales, sociales y políticas.

Este es el escenario en que los dioses griegos desarrollan sus querellas, sus celos y sus colosales odios. Penetremos ahora sin prevenciones en su mundo, que ha de decirnos mucho de nosotros mismos.

# 1

## Mitología y sociedad en la Grecia Antigua

**S**iempre que la historiografía describe las creencias de los griegos, suele hablar de politeísmo. Y es que bien temprano comprendieron los helenos –como otros pueblos– que no tenían control sobre una buena cantidad de fuerzas primordiales que gobernaban su existencia.

Aunque comprendieran la unidad esencial de todos los fenómenos observables, e incluso le atribuyeran un origen común fundado en el caos, lo cierto es que estos fenómenos se presentaban como autónomos e impredecibles. Tormentas, inundaciones, volcanes y terremotos, así como el sensible paso del tiempo, no podían someterse a

la voluntad humana ni se veían encadenados por alguna racionalidad que los explicara.

Es natural que los griegos arcaicos buscaran congraciarse con fuerzas tan poderosas a las que se hacía imposible dominar, y así habrían nacido esos ritos de sacrificio y homenaje. Esto era particularmente necesario cuando de alguna de ellas dependía la supervivencia misma de la especie, como es el grado de fertilidad de las tierras, esa potencia generatriz que devolvía el esfuerzo humano en pródigas o magras cosechas.

¿Puede resultar extraño que los antiguos atribuyeran características humanas a estas fuerzas? Lo cierto es que muchas de sus manifestaciones parecían tan caprichosas y volubles como las del alma humana. ¿Por qué no verlas así? Y al mismo tiempo: ¿por qué no atribuir un mismo carácter a esas cualidades específicas de la conducta humana como el amor, el desdén y el odio? Por último, los antiguos tenían clara conciencia de que su naturaleza humana no estaba desvinculada de la naturaleza en general. A esto refería la postulada unidad de todo lo existente.

Pero además, proscribamos toda irracionalidad en esta forma de pensamiento. El mismo Aristóteles decía que si fuera un dios, no desearía ser adorado sino tan solo comprendido. Y esto fue lo que intentó la cultura helena a lo largo de

más de cinco siglos. El propio “conócete a ti mismo” de Sócrates no es más que una extensión de este aserto, puesto que este “conocer” implica al hombre en su circunstancia, de la que no puede escapar. Tironeado por fuerzas contradictorias, ha de hacerse una idea de estas para convivir con ellas, para sobrevivir a ellas.

Los mitos fundadores cumplen satisfactoriamente con las preguntas más elementales de cada sociedad urbana. Porque es de sociedades urbanas que estamos hablando. Si las fuerzas que rigen el Universo físico deben regir también en el universo moral, entonces determinan la conducción de las relaciones humanas.

Pero en la construcción de la ciudad surge la ley. Así, las Furias o las Erinias que por mandato de los dioses castigaban a los mortales, cesaban su jurisdicción en la ciudad a la ley impuesta por los hombres. Y en su razonamiento confiaba la justicia. Estas Furias resultaban, así, el mito fundador de la justicia humana en la urbe helénica.

¿O será mejor decir que es Atenea el principio de esta prerrogativa de la ciudad?

La leyenda cuenta que durante la guerra de Troya, Clitemnestra, la esposa del rey Agamenón que conducía las tropas griegas que sitiaban la ciudad, aprovechó la ausencia de su marido para liarse en amores con Egisto. Este joven cortesano y la infiel matrona tramaron en los largos

años que duró la lucha al otro lado del Egeo, la muerte del marido y la usurpación del trono. Al regreso de Agamenón tras su triunfo sobre los troyanos, Egisto y Clitemnestra lo asesinaron y usurparon el trono. Orestes, el hijo mayor del rey, que no había permanecido ignorante del crimen consumado por su madre, decidió vengar la pérdida de su padre y dio muerte a los dos amantes en el lecho paterno.

El matador, entonces, fue perseguido incesantemente por las Furias que no perdonaban el matricidio. Después de recorrer toda la Hélade escapando del acoso divino, Orestes se refugió finalmente en Atenas. Allí, fue Atenea la que se opuso a que las Furias penetrasen en la ciudad. A cambio les ofreció un tribunal bajo su propia presidencia.

Así encontró su origen mítico el Tribunal del Areópago, que juzgará desde entonces los crímenes de los habitantes de la polis. Constituido en la Acrópolis, el tribunal contaba con la participación de doce ciudadanos. Se dice que cuando se sustanciaba el juicio de Orestes, la propia diosa volcó con su voto el veredicto en favor de la absolución al llevarlo al empate. En efecto, desde entonces quedó establecido que, a paridad de votos, sería absuelto el acusado.

Pueblos movedizos, como lo fueron aquellos dorios de principios del primer milenio antes

de Cristo, se establecieron aquí y allá, superponiéndose a otras etnias anteriores y otras deidades y otros mitos. Así fundaron sus ciudades, y los mitos proveían legitimidad a una construcción social determinada. A veces reflejaban una dominación de un pueblo sobre el otro, como es el caso de los mitos que difundieron los espartanos en Arcadia; en otros una fusión feliz. Si aquéllos entraban en contradicción —como a menudo lo hacían— la cultura se ocupaba de ir reformando la leyenda de modo que ajustara mejor a las necesidades de la polis y sus ciudadanos, puesto que la religión griega fue esencialmente urbana y un canto a esa comunidad que rendía tributo a su espíritu gregario y clasificaba las formas de su convivencia.

Pero es que, además, ¿son realmente una religión las antiguas creencias de los griegos? Para empezar, una religión está caracterizada por dos elementos fundamentales: el dogma y el culto. El primero sistematiza de una vez para siempre un conjunto de creencias que hacen al origen y destino de un pueblo. El culto es esa acción que pone en práctica a través de ritos inmutables aquel dogma.

La conservación de este dogma y la práctica del culto requieren en general de ciertos oficiantes —siempre los mismos— a los que se denomina sacerdotes. Y sucede que salvo raras excepciones

no existió en la antigüedad griega un cuerpo urbano dedicado permanentemente a esta actividad. No existió en fin una religión de Estado, por lo que se hizo muy difícil distinguir la ortodoxia de la herejía. Aunque esta, o su persecución, asomó en ocasiones y valdrá la pena referirnos a ellas.

En Atenas, por ejemplo, la polis más populosa y desarrollada, los sacerdotes, como los magistrados, eran elegidos por un tiempo limitado para presidir alguna festividad determinada. No eran por ello relevados de sus otros deberes militares o civiles, y eran en un todo iguales a cualquier otro ciudadano. La tarea encomendada era adjunta a la de sus otras obligaciones civiles.

A lo sumo, quizá se le exigiese alguna virtud particular. Por ejemplo, los sacrificadores eran en general elegidos entre cocineros y carniceros, más habituados a matar y trocear a sus víctimas. Por lo demás, el sacrificio solía concluir en una gran comilona, donde también se bebía a la salud y en homenaje de la deidad invocada. Siendo por lo general bueyes, ovejas, cabras y aves las víctimas de los sacrificios, es natural que los profesionales de la cocina se ocuparan de estos menesteres con mayor capacidad que otros de sus conciudadanos.

Pero, ¿acaso se quiere con esta prosaica descripción rebajar la importancia que esos cultos tenían para la vida de la sociedad helena?

Palas Atenea fue la patrona de Atenas, la polis más importante de la Grecia antigua. Allí se elaboraban las leyes de los hombres, pero era también un territorio en el que intervenían los dioses.



En lo absoluto. Las grandes ceremonias del culto público consistían en fiestas artísticas, pobladas de cantos, danzas y representaciones teatrales. Sus organizadores y patrocinadores solían ser poetas y artistas de toda laya, y en su transcurso participaba gozosa toda la población de la polis. Era en cierto modo un homenaje a sí misma que la ciudad se hacía. Y esto era aún más evidente cuando de la diosa patrona de la ciudad se trataba, como era el caso de las Panateneas en honor a Palas Atenea que celebraban anualmente los atenienses.

Participar de este culto no implicaba solo la festiva fusión en la corriente jocosa y popular,

sino, y sobre todo, la incorporación psicológica en un corpus de misterios y creencias comunes. El mismo Sócrates, habitualmente señalado como profano o irreligioso –ya veremos que esta fue la acusación que le valiera su condena a muerte– era capaz de actitudes pías y devotas como la registrada por Platón en estas, las últimas palabras de su maestro: “Le debo a Asclepio un gallo. ¡Oh Critón! Págaselo sin falta” (Fedón, 118).

Comprender este pedido del moribundo exige que nos refiramos brevemente a las tres décadas que precedieron a su muerte.

## EL JUICIO A SÓCRATES

Hacia el 431 a.C. estalló entre los griegos la funesta guerra del Peloponeso. Tras sufrir durante treinta años una hemorragia permanente de sus varones adultos, Atenas fue derrotada y soportó el gobierno de los “Treinta tiranos” que le impusiera Esparta.

Durante el transcurso de la larga contienda, dos pestes terribles se cebaron con la población ateniense entre los años 430 y 426 a.C. Por miles se contaban los muertos. Entre otras consecuencias la ciudad vio crecer el culto de Asclepio, el prestigioso sanador, cuyo santuario en Epidaurio fue desde entonces destino de continuas peregrinacio-

nes. El propio Sófocles, autor de obras teatrales memorables como *Edipo Rey* y *Antígona*, ofreció su casa hasta que se le construyera un altar y una residencia particular a la “serpiente sagrada”, que una solemne procesión de atenienses había traído desde el templo en Epidauro.

Vale la pena señalar que el conjunto del pueblo griego se veía asediado por demonios y fuerzas incontrolables, y que aun sus intelectuales y artistas no escapaban a la creencia común y preferían fijar sus investigaciones y disquisiciones en la conducta humana y en las instituciones por esta construidas, y no en su alma. Al orfismo y otros cultos místicos confiaba el griego su espiritualidad. Los mitos griegos fueron más tarde clasificados sistemáticamente y constituyen la llamada mitología griega, pero la religiosidad de los griegos de la antigüedad se rige por rituales, más que por la conservación de una doctrina. En este sentido se hace más difícil la detección de una herejía y de su antítesis, la propia existencia de una ortodoxia.

El sacrilegio era entonces una cuestión de “hechos”, como la mutilación de los Hermes sagrados cuando la expedición ateniense a Sicilia en el 415 a.C., en plena guerra del Peloponeso. A poco de zarpar la flota, este atentado manifestaba el repudio a nuevas levadas de jóvenes que eran carne de cañón en las expediciones de los estrate-

gas de la polis. Habrá que decir que estas pintorescas esculturas, ubicadas en esquinas y cruces de la ciudad y de la mayoría de las polis helenas, poseían un gran falo que fue justamente el objeto de destrucción sistemática; la acción posee tal simbolismo que huelga establecer la relación.

Pero sin embargo, Sócrates será acusado de impiedad “...culpable de no creer en los dioses que cree la polis y de introducir otras divinidades nuevas. Es asimismo culpable de corromper a la juventud”.

Y la pena propuesta es la muerte. En un día se sustanció el proceso ante el tribunal. Era un jurado de 501 hombres, y Sócrates fue condenado por 281 votos contra 220. Los testigos confirman el respeto que el acusado tenía por los dioses y creencias de sus contemporáneos, creencias que él mismo compartía. Las razones del proceso debieron ser bien otras.

Ya hemos mencionado el contexto de tragedia en que se dieran las circunstancias del proceso a Sócrates. Pero es cierto que algo de esto había ocurrido ya unos años antes con Anaxágoras. Además, este filósofo con su teoría del “nous” como una inteligencia superior ordenadora de toda la materia, dividida en infinitas partes, cuestionaba el conjunto del panteón de la polis.

Afortunadamente para él, pudo refugiarse en la ciudad de Lámpaco y así escapó al decreto

de la asamblea que lo acusaba de los mismos crímenes que atribuyera a Sócrates. Parece ser que la verdadera causa de tal persecución se fundaba en el estudio de la astronomía que profesaba este sabio. Por lo mismo, Platón desacreditará este estudio y lo negará en su maestro para defender a este de la acusación de sacrilegio. En su “Apología”, destacará el poco interés de Sócrates por esta materia.

También Protágoras, amigo y discípulo de Sócrates, se vio obligado a dejar la ciudad por una acusación similar. Y los mismos Platón y Jenofonte escaparon a lo que sin dudas puede calificarse de una limitada “cacería de brujas”.

Sin embargo, apenas quince años más tarde, Platón regresó a su ciudad y fundó allí la Academia que se mantuvo activa hasta el año 529 d. C., cuando fue cerrada definitivamente por el emperador Justiniano, un consecuente verdugo de las escuelas paganas de enseñanza. Esto refuerza el carácter extraordinario de la época reseñada, que explicaría en cierto modo este estallido de violencia devocional y persecución religiosa.

La ciudad había adorado a sabios como Solón, que estableciera los fundamentos de la democracia ateniense, pero ¿qué pasaba ahora con estos “filósofos” abiertamente elitistas y aristocráticos que cuestionaban las virtudes de la

polis democrática? ¿No decía Sócrates que sus instituciones políticas no eran más que “caprichosos y a menudo mal escogidos convencionalismos”? Atenas había padecido la dictadura espartana de los “Treinta tiranos” que restaurara levemente a la vieja aristocracia de la tierra. Los discípulos del círculo socrático eran jóvenes ricos de aquellas familias. Platón mismo fue pariente cercano de dos de estos tiranos, Critias y Cármides.

Jenofonte, protagonista y relator de la expedición de *Los Diez Mil* al reino persa, fue premiado por los espartanos con una hacienda en Escilo junto a Olimpia. En el 371 a.C. una circunstancial derrota espartana le obligará a exilarse de su tranquilo retiro para morir finalmente en Corinto. Es natural que sus conciudadanos guardaran para el escritor y guerrero el epíteto de traidor a la patria; había nacido en el demos de Erkhia en el 430 a.C.

Todos ellos fueron consecuentemente aristocráticos y Atenas padecía entonces mil conspiraciones de aristócratas y aspirantes a dictadores. ¿No es acaso posible en estas circunstancias, que muchos griegos – aquella mayoría de 281 votos no parece de ocasión– pensaran que la “filosofía”, la “impiedad” (este cargo simbolizaba un ataque a las creencias de la polis) y la “oligar-

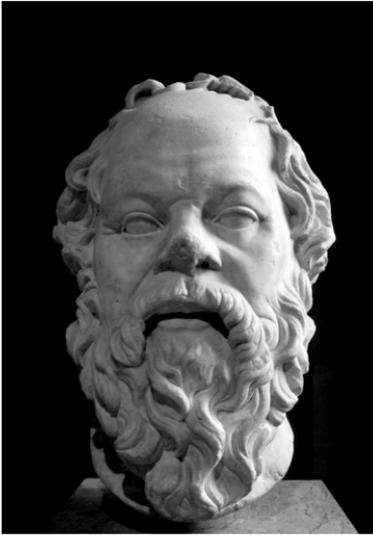
quía” se daban la mano para ocasionar tantas penurias y calamidades al demos?

No es aventurado imaginar algún atisbo de pánico en los votantes de la Asamblea. Por otra parte, es muy curiosa esta condena a la astronomía; ¿no sería pues que su estudio estaba confinado a aquellos que podían pasar la noche mirando el cielo puesto que no se levantaban temprano para trabajar? ¿No habrá en fin detrás de este rechazo una condena de clase?

Hay quien dirá que a principios del siglo IV a.C. la polis se encaminaba a su desaparición, y que de esto también es indicio el aumento de los cultos místéricos y orgiásticos, y la proliferación de las prácticas mágicas. Por oposición, podría señalarse el relativo olvido de los dioses tradicionales de la patria-ciudad, que irán transformándose en literatura perpetuamente reproducida por los escritores del helenismo mediterráneo hasta los comienzos de nuestra era.

De este renacimiento de los cultos más primitivos da cuenta la importancia que llegó a tener entonces Tykhe, diosa de la suerte, no más que un genio femenino en la época arcaica, ascendida entonces a la categoría de diosa tutelar de los ritos privados en los hogares. Esos lugares donde se formaba el ciudadano griego.

Por lo demás, es inútil comparar la fama de lector de los griegos, que nos ha llegado a no-



Sócrates fue condenado a muerte por “no creer en los dioses que cree la polis”. Sin embargo, la acusación carecía de fundamentos reales. Las verdaderas razones del proceso eran otras.

sotros, con la sociedad realmente existente entonces, cuando el texto escrito no era más que una curiosidad de unos pocos. Por otra parte, en un régimen democrático que se mantuvo estable durante más de dos siglos y confiaba a la asamblea popular la soberanía común, ninguna élite letrada era la depositaria última del poder.

¿Es explicable en esta coyuntura la condena y el sacrificio de Sócrates?

El pueblo de Atenas cargará eternamente con esta muerte, al modo en que se le carga al sufrido pueblo de Jerusalén la muerte del Cristo

Jesús. Sin duda ambas simbolizan e implican importantes cuestiones morales.

Si los motivos de la muerte de Sócrates son predominantemente políticos, entonces disminuye la importancia del tema religioso entre las razones de la persecución. Ya el jónico Jenófanes había dicho en el siglo VI que si los asnos fueran religiosos, sus deidades tendrían seguramente la imagen de estos animales. En todo caso la religiosidad griega puede que no aceptara que sus dioses fueran pura invención, mas sin embargo, hasta Píndaro, el famoso poeta beocio, reconocía que dioses y hombres eran de la misma prosapia. Así decía:

Una es la raza de los dioses y de los hombres; de una sola madre obtenemos nuestro aliento. Pero nuestros poderes son polos separados, pues nosotros no somos nada y para ellos el refulgente cielo brinda por siempre segura morada.

Pareciera un mito compensatorio frente a la inmisericorde vida humana. Esta sola madre que señala el poeta, es Gea, la Tierra, origen de todo lo existente.

## LOS DIOSES

Con la expatriación que sucedió a las conquistas de Alejandro, el griego, trasladado a distintas comarcas, tuvo una relación cada vez más borrosa con sus dioses ancestrales. En Pérgamo, en Alejandría, los viejos cultos serán clasificados con pasión y serán dorada cantera para los poetas y trágicos de los siglos posteriores. Pero para entonces, ya se habían integrado al folklore. Las vivencias de los pueblos estarían desde entonces mucho más ligadas a la percepción de demonios cercanos, serían menos afectos a rituales públicos que ya no celebraban la comunidad y la unión, sino al Estado y sus propias necesidades de expansión y supervivencia.

Una vez relativizada suficientemente la tesis historiográfica de la racionalidad del pueblo griego, refirámonos con menos precauciones a lo que fue el desarrollo de la peculiar relación que estableció el pensamiento griego con la divinidad y los cultos consagrados. Hay que decir en principio que el pensamiento riguroso se alejó en general de este tema limitándose a conocer el universo sensible, que ya tenía bastante ocupado a un individuo práctico como era el hombre griego.

A esta practicidad quizá podamos atribuirle el acendrado antropomorfismo de las divinidades helenas. El místico se imagina un dios inaccesi-

ble, incognoscible. Cuando los adoradores se abisman en el éxtasis de su dios caen en el nirvana, o –lo que es lo mismo– en la nada; y los helenos tenían pánico a la nada. Buscaban más bien amigarse con un dios que tuviera la estatura humana y les permitiera conocerlo, prevenirse de sus enojos, orientarse en la elección de los modos de satisfacerlo.

El mismo Herodoto decía que lo que distingue siempre al bárbaro del heleno, es que desde su origen, el heleno fue más sabio y menos accesible a las absurdas credulidades. Concepto que debiera interpretarse para beneplácito del historiador griego como que el bárbaro es esencialmente místico y el heleno fundamentalmente razonable.

No resulta sencillo establecer el punto de partida de estas creencias. Rastrear un origen único como quien devana una madeja puede resultar una operación absurda e imposible. Más valdría citar aquí al estudioso V. Bérard, quien en sus *Orígenes de los cultos árcades*, un texto de mediados del siglo XIX, ya decía que:

El mitólogo debería considerar la mitología común, no como la fuente, sino como la confluencia de dialectos mitológicos. Antes de exponer la mitología de los helenos, es conveniente reconstituir las Mitologías de los árcades, de los esparciatas, de los atenienses, de los tesalios, de los beocios, etc... El método sintético

empleado hasta el presente, precisa substituirse con un método analítico y local.

La sociedad de las polis antiguas era claramente masculina. Se diría que la mujer estaba excluida de lo social. La palabra “hetairos” es una antigua manera de denominar a los compañeros de armas, y en la Grecia clásica surgió la “hetaireia”, como el grupo de hombres de una edad similar, una suerte de grupo de camaradería. Precisamente de este termino nació la “hetaira” como esa “compañera” de los hombres, que los entretenía, o los enamoraba, pero que no habría de casarse con ellos. Era esta una cortesana, en las antípodas de la prostituta a la que los helenos llamaban “porné”.

Primera conclusión entonces: la mujer solo podía participar del círculo masculino –que trasuntaba la única y verdadera sociabilidad–, desprendida de su especificidad generatriz, de su rol de reproductora.

Y sin embargo nada hay en la mitología clásica que dejara prever este destino para las féminas. Ciertamente Palas Atenea nace “ya armada” de la cabeza de Zeus sin intervención alguna de una mujer. Pero también Afrodita nace de la espuma del mar sin intervención de hombre o mujer. Y ambas son diosas de una autoridad superlativa en el antiguo panteón. Podría decirse

que Afrodita es la verdadera madre de la civilización griega, desde que lo bello y el amor que ella representa son el supremo valor de esta cultura. Y por dondequiera que recorramos la espesura de su pensamiento encontraremos unida esta belleza a la sabiduría y la razón que la diosa tutelar de Atenas representa.

En lo que respecta a estas diosas, y también a Hera, consorte dinástica del supremo dios del rayo, Zeus; a Artemisa, la bella cazadora, y otras deidades de regular importancia en el panteón heleno, podría concluirse que tienen un origen oriental muy previo al arribo de los griegos (aqueos o dorios) a este rincón del Mediterráneo. Los contemporáneos de los siglos VI y V a.C. reconocían para sí mismos un origen inmigrante, y atribuían a los atenienses y a los habitantes de Argos una precedencia que los antecedió en siglos, aunque no les acreditaran por ello un origen autóctono, digamos, pelásgico, puesto que llamaban “pelasgos” a los míticos habitantes de las tierras que ocuparan los griegos a principios del segundo milenio antes de Cristo.

Parece ser que tanto la Hera Argiva del Peloponeso y la Palas Atenea del Ática son típicos cultos orientales que ya habrían dominado la cosmovisión de cretenses y fenicios, pueblos que en su estadio comunitario de evolución tendían a desarrollar cultos femeninos, cultos de la repro-

ducción, diosas de la naturaleza, símbolos de la fertilidad de la tierra.

Por otra parte, las palabras terminadas en assas/essos, como Thalassa (mar) y otras muchas que refieren a localidades como “Kórinthos” (Corinto) y “Athenas”, no son de origen griego.

Por fin, a la Hera Argiva se la termina casando con Zeus (a la fuerza, puesto que la tradición indica que la diosa se resistió con vehemencia al “supremo libertino”), y a Atenea se le otorga la ciudad después de una disputa con Poseidón (dios del mar de genealogía helénica), pero se la define como hija de Zeus que nace completamente armada de su divina cabeza para defender la ciudad de sus enemigos. Aunque absorbida por la tradición griega, Atenea conservará la lechuza que recuerda su origen como diosa de la naturaleza y dispensa desde entonces la sabiduría social.

Podría entonces afirmarse casi con seguridad que la profusión de diosas en esta cultura remite a un origen mediterráneo y hasta oriental, mientras que héroes y dioses masculinos refieren a la tradición que estos inmigrantes trajeran desde la alta Dacia o los montes balcánicos.

Se puede concluir entonces que la cultura griega nace de un feliz casamiento que se expresa con naturalidad en la vida de sus dioses.



Artemisa de Gabii. Las diosas griegas parecen tener un origen oriental, en tanto que los dioses y los héroes pertenecerían a la tradición balcánica. Así, la cultura griega sería un feliz matrimonio con otras culturas.

Las parejas de dioses pueden remitir entonces a fusiones de pueblos que seguramente no se desarrollaron sin conflictos; muchos de estos se esconden en las tribulaciones y peripecias de sus divinidades.

Las nociones básicas de esta cosmovisión eran introducidas en los jóvenes atenienses desde la edad de seis años. Todos ellos recibían la misma instrucción en las escuelas gratuitas. Aprendían de memoria los versos de los mejores poetas y en especial todo lo que se atribuye a Homero y la *Teogonía* de Hesíodo. Hasta los dieciocho años estos cultos permeaban sus mentes junto al aprendizaje de la lectura y la escritura, la matemática elemental, la natación y las carreras, la música y la danza. Después, por dos años, aprendían a reconocer sus derechos y sus deberes de ciudadano: era cuando formalmente se integraban al ejército y al cuerpo general de la ciudadanía.

Pronunciaban en ese momento un solemne juramento frente a sus parientes y a los magistrados públicos:

Juro obedecer las leyes, respetar los ritos de mis antepasados, no deshonrar mis armas, no abandonar jamás a mis conmlitones en el combate, luchar hasta el último aliento en defensa de los altares y del suelo patrios; hacer, en fin, todos los esfuerzos para dejar mi país en mejor estado del que lo he encontrado.

La ceremonia incluía el sacrificio de una paloma a la diosa Afrodita, una de sus aves favoritas, junto al cisne y el gorrión.

Y esta educación, aunque pueda parecer vasta y poco profunda, era la necesaria para habilitar al ciudadano a integrar el tribunal de los heliastas. De su probidad y justeza nos habla alguien que no acostumbraba a juzgar benévola-mente a las instituciones de la democracia. Dice Platón refiriéndose a este tribunal: “Todas las causas pueden ser juzgadas por el buen sentido de cualquiera, con tal que haya recibido antes una buena educación”.

Y no debía ser tan burda esta educación cuando el mismo Jenofonte cuenta cómo una simple vendedora de hortalizas y frutas interrumpió un día al actor que desenvolvía su parlamento durante la representación de un drama de Eurípides, para señalarle en voz muy alta las palabras precisas que aquél no conseguía encontrar en su memoria.

## LAS OLIMPIADAS

Quizá fue Anaxágoras quien descubrió el secreto último de tanta mitología. Puede ser ese el verdadero origen de su persecución. ¿Qué quiso decir con el “nous”? La Europa cristiana

posterior al Renacimiento tradujo su cita *ho nous diekósmese panta* como “la inteligencia suprema es quien ha ordenado todo lo que existe”. Y han querido ver allí una alusión a un dios único y creador. Una especie de anticipo de las religiones monoteístas posteriores.

Pero Anaxágoras era consciente de la complejidad de todo lo existente, y su pensamiento se encuentra imbuido de la misma sorpresa que su cultura manifestó hacia fuerzas contradictorias y caprichosas que escapaban a su comprensión y aun más a su control. Toda esta confusión y desorden podían encontrar un principio de clasificación en la inteligencia humana.

No es que se quiera decir que aquellos fenómenos poseían un orden desconocido, sino más bien que las necesidades de supervivencia humana les conferían a estos fenómenos un orden. En palabras del historiador francés Richepin:

Todo cuanto existe es caos, confusión, desorden, mezcolanza, que tiene por esencia la casualidad; pero nosotros, hombres helenos, por nuestra lógica, por nuestra imperiosa necesidad de comprender, les dictamos leyes, una armonía que nos ayuda a clasificar, a comprender, a idear un “cosmos” que satisfaga nuestro amor de lo cognoscible y de lo bello.

El culto de los dioses olímpicos, y la misma celebración de los juegos en aquella ciudad de la Arcadia fueron el inicio de una paz consagrada entre las poblaciones griegas. A fines del siglo IX y principios del VIII a.C. nacen las primeras “anfitionías”, una suerte de alianza religiosa que sirvió de vínculo primario entre las poblaciones cercanas al santuario de un dios, como ocurriera con Delos y el templo de Apolo.

De la misma manera nació y creció el prestigio del templo de Zeus en Olimpia, que se convertiría en cita obligada de gimnastas, actores, músicos y poetas cada cuatro años desde julio del año 776 a.C. En su origen la competencia de carreras establecía cuál sería la ciudad cuyo representante encendería la llama votiva en honor del dios. Con el tiempo las competencias se hicieron más largas y diversas, incluyendo espectáculos teatrales y torneos de música, oratoria y poesía, junto a la tradicional carrera que abría los juegos.

La tradición indica que un tal Ífito, rey de la Élide, organizó los primeros juegos atléticos en honor a Zeus por indicación del Oráculo de Delos. Desde entonces, cada cuatro años, en el mes de “hecatombión” (entre julio y agosto), jóvenes y adultos de todas las ciudades del vasto mundo helénico participaban en número de hasta

cincuenta mil en una ceremonia que duraba siete días, destacando la confraternidad de quienes hablaban una misma lengua. Por supuesto el evento solo concernía a individuos libres, y las mujeres estaban expresamente proscritas. La rama de olivo era el supremo premio para los triunfadores. Ella confería la inmortalidad de figurar en las listas de los campeones olímpicos. A partir del siglo VI también se permitió la erección de estatuas que recordaban a los vencedores en el bosquecillo cercano al santuario.

Las olimpiadas fueron en sí mismas una de las instituciones más exitosas y perdurables de la cultura helena; hasta el año 394 en que el emperador de Bizancio, Teodosio, dictó un edicto que prohibió la continuidad de estos juegos, se habían realizado la pasmosa cantidad de doscientos noventa y tres eventos sucesivos. Las ciudades de procedencia de los consagrados en los torneos se hacían acreedoras por cuatro años a la fama que las hazañas de sus hijos les conferían. Estos competían divididos en tres categorías: infantiles, que se prolongaban hasta los dieciocho años; “imberbes”, que incluían a los jóvenes entre diecinueve y veinte años, y los adultos que superaban aquella edad.

En la carrera pedestre, los participantes corrían descalzos y desnudos en recuerdo de Orsippus, al que la tradición le atribuye haber

*Discóbolo.* La figura del lanzador de disco se convirtió en la imagen más emblemática de las Olimpíadas griegas, celebradas cerca del templo de Apolo, en Olimpia. La tradición le atribuye a Heracles la fundación de estas gestas deportivas.



perdido sus ropas hechas jirones durante la carrera y haber seguido corriendo en dicho estado, logrando vencer finalmente a sus competidores. Desde el 450 a.C. una estatua se elevó en el lugar para recordar la estampa del famoso atleta.

A esta carrera se le agregaron muy pronto competencias de lanzamiento de jabalina y disco, y luchas sin armas como el pugilato. Más tarde se incorporarán carreras de carros (cuádrigas) y una dura carrera de dos estadios (unos cuatrocientos metros) cargando con todo el armamento de un hoplita.

Como puede verse, la mayoría de estas “lizas” estaban pautadas por el entrenamiento básico que

enfrentaban los ciudadanos de la Grecia clásica para convertirse en defensores de sus patrias.

Otros juegos del mismo carácter tuvieron alguna importancia, mas no la atribuida a los que se celebraban en Olimpia. Es el caso de los juegos “panhelénicos” que se desarrollaban en Atenas, los “nemeos” dedicados a Zeus que se celebraban en Nemea, los “ístimicos” que en honor de Poseidón se llevaban a cabo en Corinto y los “píticos” que se organizaban cada cuatro años en Delfos en honor al dios Apolo.

Junto a los dioses olímpicos, que concentraban la representación de la comunidad, del grupo, existían esos otros basados en los poderes vivificantes de la naturaleza. Estos últimos eran más accesibles a los individuos, esclavos o libres; enseñaban doctrinas de reencarnación, de inmortalidad. Por el contrario, los dioses olímpicos no enseñaban nada, y a ellos concernía la celebración de los honores que debía el ciudadano heleno a los poderosos, inmortales e invisibles miembros de la comunidad.

Los cultos olímpicos referían a la comunidad y eran los que naturalmente congregaban a los ciudadanos. En ocasiones, cuando derivaban en fiestas populares, era toda la sociedad la que participaba. Pero por lo general, las mujeres tendían a excluirse del culto institucional para inclinarse con mayor entusiasmo a la adoración

gozosa de la naturaleza que vivía en las ceremonias de los santuarios de Afrodita o Dionisos, el alegre bebedor de la leyenda.

También los misteriosos cultos de Artemisa y Orfeo de los que no podían participar los hombres y que por tanto se convertían en un punto de construcción de una sociabilidad femenina que escapaba al control de la polis, de sus instituciones y sus “exclusivos” ciudadanos.

Aunque era un miembro destacado de la familia olímpica, Afrodita remitía más a cultos ancestrales y de la naturaleza. Por supuesto que todos los dioses se encontraban ornados con atributos y fuerzas de la naturaleza, pero en el caso de Afrodita estos se vinculaban exclusivamente con las fuerzas que agitan el alma humana: el amor, el éxtasis en la contemplación de la belleza. A la misma matriz respondía Dionisos, dios de la fiesta, de la cosecha y el verano como estación de la alegría.

Puede que tras la bella diosa Afrodita se ocultase la seductora Astarté de los fenicios. Además se la ha relacionado con la diosa lunar Isis que adoraran los egipcios y fuera adoptada después por los romanos. Es muy probable que su culto ya se desarrollara en la antigua Creta del tercer milenio antes de Cristo. En todo caso, la propia “Teogonía” de Hesíodo ubica su nacimiento en la isla de Chipre. De allí su nombre de Afrodita Cipria, aunque

también fue conocida como la “Citera”, porque las espumas del mar la habrían dejado abandonada en las playas de este islote cercano a Chipre.

Es la diosa de la generación y la fecundidad, y de allí el amor que especialmente las mujeres le profesan. Una enorme porción de los rituales dedicados a esta deidad están relacionados con las necesidades de primerizas y mujeres que desean quedar preñadas. Pero ciertamente este culto a la fecundidad lo manifiestan los griegos con mayor efusividad hacia Deméter, en quien ven la personificación de la propia tierra. Afrodita, en mayor medida que otras deidades, comparte características de cultos privados y públicos. Desde la Polis se ha querido hacer de ella la protectora de las uniones “legítimas”, de los buenos matrimonios y de su conservación.

Homero en *La Iliada* le atribuye estas palabras al propio Zeus:

Querida hija, los trabajos de la guerra no te han sido confiados; déjalos al fogoso Ares, a Atenea; ocúpate tú únicamente de los deseos y de las obras del himeneo.

La sociedad griega le encomienda velar por el cumplimiento de las promesas del matrimonio. Una leyenda, que manifiesta su atribución normativa, cuenta la historia de un joven que enamorado de una doncella grabó en una manzana unas pala-

bras y un juramento de matrimonio y la arrojó a los pies de aquélla cuando caminaba por un jardín. La joven Ctesila leyó en voz alta el juramento pero despreció y arrojó al suelo la manzana. Su amante, Hermócares, corrió entonces a casa de la doncella y le pidió al padre su mano, cosa que este concedió sin consultar siquiera.

Pero algún tiempo después, olvidado de su promesa, el padre de Ctesila otorgó la mano de su hija a otro pretendiente. Hermócares irrumpió en el templo en que se desarrollaba la ceremonia y demandó al padre por su promesa. Mientras el suegro ensayaba sus disculpas, su hija quedó repentinamente enamorada del antiguo candidato y concertó a través de su nodriza escapar con este. Lo hicieron y ella pronto quedó embarazada aunque murió al dar a luz a su primer hijo.

La moraleja de este relato enseña que es Afrodita Pandemos la que se venga del perjurio del padre tomando la vida de Ctesila. Alquidamo debió prometer sobre el laurel sagrado que entregaría su hija a Hermócares. La leyenda agrega que cuando llevaban el ataúd de la infortunada madre al cementerio, un pichón escapó volando del catafalco y se perdió en el cielo. El cortejo se detuvo porque quienes cargaban el cajón lo sintieron de pronto muy liviano, y al abrirlo lo encontraron vacío. El joven viudo consultó entonces al oráculo, quien le indicó que debía instalar allí un

santuario para Afrodita-Ctesila; el mismo se encuentra muy cerca de la ciudad de Atenas.

Pero a esta Afrodita servidora institucional que protege el matrimonio, la que la urbe clásica daba el nombre de Urania como símbolo de las virtudes domésticas, se contraponen a la más terrestre Afrodita Pandemos, promotora de la pasión, de la satisfacción del instinto, de la sensualidad y el deseo. En ella residirá el culto a la belleza, en ella pensarán escultores y poetas. Su imagen evocará la gracia, el encanto, la sensualidad, la seducción y la voluptuosidad. A ella demandarán secretamente mujeres y hombres por sus amores contrariados, por sus deseos más ocultos.

También cultos exclusivamente femeninos se agrupaban alrededor de la diosa. Por ejemplo en Tebas, el calendario ordenaba una fecha en que las mujeres nobles se travestían de hombres y se encerraban en el templo de Afrodita. Desgraciadamente nada más se sabe del rito, aunque por el tiempo que demandaba este encierro – las fuentes lo estiman en unas veinticuatro horas–, es de suponer que no la pasaban tan mal.

También las atenienses desarrollaban un culto similar durante la fiesta de las Arreforías. Allí unas muchachas se internaban por oscuros pasadizos de los que regresaban con falos y sal. Algunas fuentes refieren la existencia de objetos obscenos pero no especifican cuáles.

En el Himeto, se encontraba un santuario de la diosa junto a una fuente que se decía curaba la esterilidad en las mujeres. En el cabo Colias, en la misma Ática, se elevaba un templo de Afrodita al que las mujeres peregrinaban para pedirle que les concediera muchos hijos. Aunque lo más habitual es que los santuarios de Afrodita fueran el lugar del comercio sexual sagrado. Nos referimos a la existencia de prostitutas sagradas que debían entregarse a los parroquianos por dinero, el que era utilizado para la manutención del templo. En el cipresal de Craneón, por ejemplo nos informa Herodoto que: "...las heteras hacían comercio de sus encantos con los extranjeros. El dinero que así ganaban era destinado a la conservación del culto y el sobrante ingresaba en las cajas públicas".

También en Sicilia esta diosa poseía varios santuarios; el mayor de todos se encontraba en la colina de Érix. Allí, en un altar construido al aire libre, en el que nunca se extinguía el fuego, se sacrificaban a la diosa carneros y cabras:

...como en Corinto había en el monte Érix gran número de heteras; gracias a ellas, el templo de la diosa contenía grandes tesoros, producto de las ofrendas, así de los indígenas como de los extranjeros.



Afrodita,  
la bella diosa griega fue la  
protectora de la fecundidad  
y la generación. También  
velaba por el cumplimiento  
de las promesas del  
matrimonio, si bien ella misma  
no las respetaba.

Estos santuarios, su numerosa clientela y sus oficiantes, componían el aspecto más institucional de la religión de los antiguos griegos.

HOMERO (S. VIII a.C.); *La Ilíada*.  
HOMERO (S. VIII a.C.); *La Odisea*.  
JENOFONTE; *La expedición de los diez mil*,  
Barcelona, Edicomunicación, 1994.  
OVIDIO (S. I a.C.); *Las Metamorfosis*.  
--- (S. I a.C.); *Los Fastos*.  
PAUSANIAS (S II d.C.); *Descripción de Grecia*  
(10 tomos).  
SÓFOCLES (S. V a.C.); *Tragedias (Antígona, Edipo  
rey, Electra y otras) Comp.*  
VIRGILIO (S. I a.C.); *La Eneida*.  
*Atlas de Geografía Homérica:* <http://www.homero.com.html>